

Growing and Sharing in Jesus Christ

“The Lesson of Saint Francis”



The irony of the situation was not lost on me. We were standing in front of the Basilica of St. Francis of Assisi, waiting for our turn to go into the basement chapel and celebrate Mass when the director came out yelling. Right behind him was a huge sign reading “Pax,” the Latin word for “peace” while he was irritated and complaining that the group ahead of us was taking too long and that we would have to keep our Mass shorter in order to make up the difference. He certainly had a sympathetic ear from our tour leader who was looking ahead at a busy day of sightseeing in Assisi and then hurrying onto Rome.

I, on the other hand, the type A personality who always seems to be on edge, was at peace. Even though the day was getting hotter and the elder members of our group were beginning to feel the strain of simply standing around, I felt an intense calm as I prepared to say Mass in the chapel of St. Francis of Assisi, an opportunity I had missed twenty years before on my first trip to Italy. Perhaps it was the commemorative plaque of Pope John XXIII’s visit that brought me peace. Perhaps it was because that day (September 21) was the Feast of Saint Matthew, one of my favorite saints. I certainly had a lot that I wanted to say to the group on this auspicious day at the one pilgrimage site that is important to almost all people as a place of good will. After all, Saint Francis, not the Crusaders, was able to convince the Muslims to allow Christian pilgrims into the Holy Land. It was by peace and not the sword that we took back the places where the Lord was born, crucified and raised. Yes, I had a lot to preach about, as did the priest currently taking up our time slot, but I was not about to allow my peace to dissolve at this particular moment. Instead, I would put my trust in God.

When we finally were able to enter the chapel, nearly 45 minutes late, the sacristan was fuming, watching his whole day unravel in a litany of long-winded priests. Getting dressed as quickly as I could, we began our Sunday Mass on this pilgrimage. All the fancy phrases and beautiful allegories I had prepared were suddenly missing from my mind. I said a few simple words about the gift of Francis, the gift of Matthew, and the gift that God had given to our pilgrim group. After prayers of thankfulness, we finished up the Mass in about a half hour.

I left the chapel, a little disappointed that I was not more eloquent at Mass. But that feeling quickly faded away as the pilgrims were energized by the beautiful town of Assisi and the unspoken peace which abides there through the intercession of its patron saint. It was St. Francis, not me, who preached that day. The best irony is that I, who am usually long-winded and late, said such a short Mass the sacristan was no longer worried about time. I left Assisi a little more peaceful than I found it. And that was St. Francis’ lesson to me.

Growing and Sharing in Jesus Christ,

Creciendo y Compartiendo en Cristo Jesús

“La Lección de San Francisco”

Yo reconocí la ironía de la situación inmediatamente. Estando parados afuera de la Basílica de San Francisco de Asís, en espera de nuestra oportunidad para entrar al sótano de la capilla para celebrar la Misa cuando el director salió gritando. Detrás de él, había un letrero enorme que decía “Pax” la palabra en Latín de “paz” mientras que él estaba muy irritado y se quejaba de que el grupo delante de nosotros se estaba tardando mucho tiempo y de que nosotros teníamos que hacer nuestra Misa más corta para emparejar el tiempo. Eso agradaba al oído de nuestro guía que estaba pensando más en el ajetreado día para poder visitar los lugares en Asís y después en Roma.

Yo, de otro modo, el de personalidad tipo A que parece estar siempre con nervios, estaba en paz. Aún cuando el día se ponía más caliente y los más viejitos de nuestro grupo empezaban a sentir ganas de simplemente quedarse parados, yo sentí una calma intensa cuando me estaba preparando para decir la Misa en la Capilla de San Francisco de Asís, una oportunidad que me había perdido 20 años atrás en mi primer viaje a Italia. Quizás fue la placa conmemorativa de la visita del Papa Juan XXIII lo que me trajo paz. Quizás simplemente porque tal día (septiembre 21) era la Festividad de San Mateo, uno de mis santos favoritos. Ciertamente, tenía muchas cosas que quería contarle al grupo en este propicio día en este sitio de peregrinación que es importante para casi toda la gente como un lugar de buena voluntad. Después de todo, San Francisco, no los Cruzados, fue capaz de convencer a los musulmanes de que dejaran entrar a los cristianos peregrinos a la Tierra Santa. Fue a través de la paz y no de la espada que pudimos recuperar los lugares donde nuestro Señor nació, fue crucificado y resucitó. Sí, tenía muchas cosas que predicar, lo mismo que el sacerdote que estaba disponiendo de nuestro tiempo en el lugar, pero yo no iba permitir que mi paz se disolviera en este particular momento. En vez de eso, puse mi confianza en Dios.

Cuando finalmente pudimos entrar a la capilla, después de 45 minutos, el sacristán estaba muy enojado viendo como su día se pasaba en una letanía de sacerdotes que hablaban mucho. Me vestí tan pronto como pude para empezar nuestra misa dominical en esta peregrinación. Todas las frases elegantes y alegorías bonitas que preparé habían desaparecido de mi mente. Dije unas pocas palabras simples acerca del regalo de San Francisco, del regalo de San Mateo y del regalo que Dios había dado a nuestro grupo peregrino. Después de oraciones de agradecimiento, terminamos la Misa en una media hora.

Dejé la capilla un poco desalentado por la Misa en que no había sido más elocuente. Pero tal sentimiento pronto se esfumó al ser los peregrinos llenados de la energía del bello pueblo de Asís y de la callada paz que hay ahí por la intercesión de su santo patrón. Fue San Francisco, no yo, quien predicó ese día. La mejor de las ironías es que yo que generalmente hablo mucho y tardado, dije una tan corta que el sacristán ya no estaba tan preocupado por el tiempo. Dejé Asís un poco más pacífico de lo que lo encontré. Y eso fue la lección de San Francisco para mí.

Creciendo y Compartiendo en Cristo Jesús,